

PAPELES DEL FESTIVAL
de música española
DE CÁDIZ

Nº 3 Año 2007 - 2008

Homenaje a Francisco Guerrero

Director
REYNALDO FERNÁNDEZ MANZANO

Consejo de Redacción
ALFREDO ARACIL
MARTA CARRASCO
EMILIO CASARES RODICIO
MANUELA CORTÉS
MARTA CURESES
MARCELINO DÍEZ MARTÍNEZ
JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD
MARISA MANCHADO
ANTONIO MARTÍN MORENO
MARÍA ISABEL MORALES SÁNCHEZ
DIANA PÉREZ CUSTODIO
JOSÉ MARÍA SÁNCHEZ VERDÚ
DOLORES SERRANO CUETO
OMEIMA SHEIK ELDIN

Secretaría
M^a. JOSÉ FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Depósito Legal: GR 1934 - 2008
I.S.S.N.: 1886-4023

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura.

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura.

Coordina
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN MUSICAL DE ANDALUCÍA

MEMORANDA DE FRANCISCO GUERRERO

Juan-Alfonso García

(Compositor y organista)

Abstract:

Memoranda on Francisco Guerrero

When I think about it, even now I am surprised that Francisco Guerrero Morales should have given his son to me to “make him a great musician”, and I am not sure whether it is correct to say great musician or rather a genius in composition. I knew *Paquillo*, as we used to call him affectionately, and this is how I recall him.

"Aquí te traigo a mi hijo Paco para que hagas de él un buen músico", fueron las palabras de Francisco Guerrero Morales al presentarme a su hijo.

Los recuerdos, aun los más intensos, se desvanecen con el tiempo. Incluso llegan a confundirse unos con otros. Así adquieren personalidad. El mundo interior no está habitado sólo por sucesos reales. También los deseos y los sueños forman parte de las vivencias más puras. Puede que algunos de mis recuerdos de *Paquillo*, como cariñosamente le llamábamos, estén más del lado del deseo que de la realidad. Pero así han quedado en mi memoria.

Conocí a Francisco Guerrero Marín cuando era un adolescente flaco, paliducho, distraído, displicente en ocasiones, emotivamente inestable, desmotivado a veces, algo desaliñado en su porte exterior... Pero aquella mañana del dulce septiembre granadino en que por vez primera nos encontramos delante de la fachada de la catedral, bajo el grandioso marco de su triple arcada canesca; aquel día, digo, mostraba un insólito interés por lo que su padre acababa de proponerme y, a la vez, una ansiosa expectación ante lo que yo pudiera decidir.

"Aquí te traigo a mi hijo Paco para que hagas de él un buen músico".

Esta solemne afirmación, halagadora en gran medida para mí, más aún habida cuenta de mi escasa madurez musical (en el supuesto de que alguna vez se alcance madurez en Arte...), llegó a mis oídos con ecos de un extraño modo menor impropio

del momento y la ocasión. Diría que fue dicha con una innecesaria sobrecarga de seriedad y cierto aire de desencanto, como de fracaso personal.

Debió suceder esto en la segunda quincena de septiembre de 1964.

Aquella propuesta me sorprendió. Porque conocía desde años antes a su padre, y tenía constancia de sus extraordinarias cualidades y habilidades musicales. Lo propio en tales casos era que él mismo se hiciera cargo de la formación musical de su hijo. De cualquier forma, no di más vueltas al asunto y acepté la propuesta. Desde aquel día acordamos que su hijo se pasara por mi casa los sábados por la tarde.

Poco a poco fui comprobando la dificultad que entrañaba influir adecuadamente en aquel jovencito imberbe aún, superdotado como el que más para la música; rápido para comprender; crítico ante cualquier norma restrictiva o infundada; hábil, listo, incontroladamente rebelde; también algo indolente a la hora de someterse a un trabajo sistemático, imprescindible sobre todo en los comienzos de su formación.

Había llegado a Granada poco antes. Venía de Palma de Mallorca, en cuyo conservatorio comenzó los estudios musicales. Le advertí que lo que pudiera aprender y practicar conmigo poco le iba a servir para sus estudios en el conservatorio, adonde le aconsejé proseguir los cursos de piano.

Muy pronto descubrí que su vocación era la composición. No porque careciera de talento para otras parcelas musicales (sobre todo para el piano tenía excelentes cualidades, así como para la improvisación, el transporte, el análisis y la lectura musical), sino por ser lo que más interés despertaba en él. Efectivamente, a poco de estar estudiando conmigo comenzó a componer, demostrando habilidad y talento extraordinarios para la creación musical.

Pasado algún tiempo tomó la costumbre de subir conmigo a la consola del órgano de la catedral. Así fue conociendo la literatura que yo practicaba. Allí conoció también a dos amigos míos que por entonces frecuentaban a diario la catedral: el pintor Iván Piñerúa y el poeta y novelista Antonio Enrique, con los que hizo amistad.

Mi enseñanza se centró, de entrada, en el estudio de una armonía básica, elemental, orientada a la práctica de la composición. Le insistí mucho en el estudio del coral hasta dominar los procedimientos musicales empleados habitualmente en el cuarteto vocal. Una parte importante del tiempo lo dedicábamos al análisis de obras musicales. Así, aprovechando que me obsequió una magnífica interpretación de "El Arte de la Fuga" por un célebre cuarteto de cuerda, analizamos algunos de sus números. Y, de esta obra, pasamos a su vecina y homóloga "La ofrenda musical". Más tarde, recuerdo cómo le entusiasmó la cantata "Actus tragicus", sobre todo su impresionante comienzo a cargo de dos violas de gamba, dos flautas, órgano y continuo.

Lo veía contento y animado. Desde un principio fui consciente de que le había caído bien. Eso facilitó mi inicial influencia sobre él. Sin embargo, debo advertir que

jamás me propuse imponerle unos determinados procedimientos de composición. Jamás intenté coaccionarlo. Procuraba que mis consejos estuvieran en conexión con su personal enfoque. Por su parte, siempre me manifestó afecto y estima. En ocasiones se excedía. Medio de broma, medio de veras, estampó esta alocada dedicatoria en una de sus obras: "A Juan Alfonso, mi único maestro, de su único discípulo, Paco". Muy pronto fui consciente también del privilegio que suponía para mí ayudar en sus principios a un muchacho que, de no malograrse, llegaría a ser un compositor *de primo cartello*.

Estaría estudiando conmigo durante cuatro años. En 1968 asistí a una reunión convocada por el Secretariado Nacional de Liturgia en Madrid, donde coincidí con Cristóbal Halffter. Aproveché la oportunidad para hablarle de Francisco Guerrero: "Es un muchacho que merece que se le preste ayuda", le dije. Mi deseo era abrirle camino fuera de Granada. Le insinué si no podría conseguir para él alguna beca o ayuda económica que le permitiera asistir a los cursos de Darmstat. Me dijo que, de momento, no me podía asegurar nada. Pero que lo tendría en cuenta. Se me quedaron rondando por la cabeza sus últimas palabras: "Tú sigue enseñándole armonía, mientras no le haga daño". La verdad, no entendí lo que quiso decir...

Poco después visitamos juntos a Luis de Pablo, con quien mantuvo buena relación. Pero creo que fue Tomás Marco quien le proporcionó un trabajo en Radio Nacional, con cuyo menguado presupuesto se arriesgó a instalarse en Madrid. Esto debió suceder entre 1970 y 1972. Desde entonces nos veíamos poco. Sólo cuando él venía a Granada, o las poquísimas veces que yo iba a Madrid.

Parece ser que datan de 1967 unas piezas para órgano que, a insinuación mía, publicó en la revista Tesoro Sacro Musical (Madrid, 1970, pags. 21-24), con el título de Partita. En 1970 ganó el "Premio Manuel de Falla", de composición, convocado por la Universidad de Granada, con su obra Facturas, para 3 flautas, celesta, vibráfono, 2 pianos, violín, viola y violonchelo. Incluye esta nota: "La obra consta de 15 grupos. Estos grupos se interpretarán en el orden que se desee. Los grupos C-D, I-J, L-M se tocarán cada uno por separado y después simultáneamente". La partitura fue publicada en edición facsímil por el Secretariado de Publicaciones de la Universidad (Granada, 1971). Pero no se llegó a estrenar.

En 1972 participó en los "Encuentros de Pamplona" con Canto del Zyklon B. Al año siguiente, en "Tribuna de Compositores de la UNESCO", con Noa. Y allí, en París, conoció a su gran amigo Félix Ibarro, al que yo conocí algo después en Granada. Su trayectoria estaba ya bien marcada.

En 1976, centenario del nacimiento de Falla, se me ocurrió componer una obra para gran órgano, Epiclesis, en homenaje al músico gaditano que eligió Granada por residencia y al que personalmente me sentía estrechamente vinculado por medio de mi maestro, Valentín Ruiz-Aznar. Estando enfrascado en la composición de esta obra, hizo Francisco Guerrero una visita a Granada. Durante un paseo vespertino por

los jardines de la Alhambra, le hablé de ella y le mostré algunas páginas de 10 que ya tenía compuesto. Me expresó entonces su deseo de orquestrar aquella música. Cuando concluí la composición, le obsequié un ejemplar, y enseguida comenzó la orquestación de la primera parte, trabajo que no concluyó hasta comienzos de 1981. La obra estuvo programada en el Festival Internacional de Música y Danza de Granada de 1981, pero no llegó a estrenarse hasta el otoño de 1982, en Madrid, por la orquesta de RTVE, bajo la dirección de Miguel Ángel Gómez Martínez. Por estas mismas fechas fue publicada por la editorial Suvini Zerboni de Milán. Años más tarde, se volvió a interpretar en el Palacio de Carlos V, en el concierto de clausura del Festival de Granada, dirigiendo Jesús López Cobos a la Sinfónica de Londres. Fue el día 9 de julio del año 2000. Pero ya no estaba él presente entre nosotros para escuchar aquella excelente interpretación y agradecer la cálida ovación compartida que el público granadino nos dedicó...